14 Los que caminan conmigo: diálogos, amistades y despedidas en la política venezolana

Este capítulo es un acto de justicia íntima, no una galería de nombres ni una sucesión de nostalgias. Se nos ha enseñado a entender la política como una secuencia de cargos, derrotas, victorias y rupturas. Pocas veces se nos permitió expresar lo esencial para algunos de nosotros: que la política también es una escuela de afectos, lealtades y aprendizajes humanos que no caben en los balances del poder.

Estos testimonios no idealizan una época ni maquillan sus errores. Son la prueba de que la amistad también puede ser una forma de hacer política. Hablan aquí personas de trayectorias distintas, unidas no por una consigna, sino por una experiencia compartida: haber creído que la política podía ser decente, fraterna y exigente. Si este libro tiene un eje secreto, está aquí. Porque, al final, cuando todo pasa, no quedan los cargos: quedan los amigos.

■ Juventud, rebeldía y militancia

Con Jesús Ramos entendí que la política juvenil tenía mística y vértigo. Él venía de las luchas de educación media cuando yo iniciaba mis giras nacionales. Fue uno de los primeros que creyó en mí, y uno de los que comprendió, desde muy temprano, que la amistad y la política no eran caminos distintos. Su mirada franca y su sentido de grupo marcaron una época. Aquí su testimonio:

> Te conocí a principios de los años setenta. Acción Democrática venía de su tercera escisión, promovida por Jesús Ángel Paz Galarraga y Luis Beltrán Prieto Figueroa, y de la derrota de Gonzalo Barrios en 1968. En el partido nos propusimos recuperar la juventud. En 1971, en un pleno de educación media del distrito Maturín, asististe como delegado del Buró Juvenil Nacional.

Ese día conversamos en el porche de la casa de nuestro recordado amigo José Antonio Serres, casado con una tía tuya. Nuestra cercanía creció una vez que asumiste la Secretaría Juvenil Nacional. Recuerdo que propuse una visita tuya a Monagas y decidimos realizarla en la zona norte de la seccional.

Nos planteamos un modelo de gira «estilo presidencial»: concentraciones en las cabeceras de los distritos y paradas en caseríos de los ejes troncales. Un amigo, Miguel Enrique Rojas Bracho, economista oriundo de Mérida, se sintió muy identificado con tu visita y con la organización de la gira. Además, un activista de mayor edad, Carmelo Rivas, se comprometió a dejar un testimonio fotográfico y registró los momentos más importantes del evento con su videocámara.

En el municipio Piar, la actividad no solo fue masiva, sino de una lucidez impresionante. Nos alojaron en la casa del compañero Enrique Rodríguez. En la madrugada te ofrecieron una serenata con la participación exclusiva de las muchachas de la juventud del partido. Esos tres días fueron el inicio de una amistad que luego se hizo eterna y ha persistido hasta hoy.

La amistad se consolidó cuando te acompañé en el Comité Juvenil Nacional que lideraste. Durante la gira, Rojas Bracho me decía que tenías condiciones para ser un gran líder del partido. Como anécdota, en tu penúltima gira a nuestro estado, algunas personas me alentaron a pedir que tu presencia nacional fuera permanente.

Lo cierto es que el recuerdo que conservo es el de una amistad compartida, nutrida de afecto y de un compromiso permanente.

Jesús Ramos

■ Liderazgo es lealtad

A Salvador Rojas lo conocí en el Táchira. Era un joven de liderazgo silencioso, firme, de esos que no necesitan imponerse para hacerse sentir. Sus recuerdos del Panamericano, de la cabalgata con Henry

Stephen, de la ULA y de aquella entrada nuestra en Coloncito, siempre los he sentido como parte de una historia compartida. Salvador entendió desde temprano que liderazgo también es lealtad.

> Conocí a Héctor Alonso en un secretariado o pleno juvenil en la casa seccional de Acción Democrática en Táchira, en el año 1976. Desde ese momento me identifiqué con su liderazgo y con sus luchas. En aquel pleno intervine como líder de la juventud de mi municipio, Panamericano. Luego, por petición de Héctor Alonso, coincidimos en otras actividades políticas y formamos parte del Comité de Educación Media Nacional, siendo el responsable Andrés Peña.
>
> Más tarde coincidimos en varios actos de la campaña de Piñerúa. De esos eventos políticos recuerdo la campaña "Pueblo a pueblo, Venezuela 2000". En mi municipio, Panamericano, estado Táchira, Héctor Alonso organizó actos extraordinarios que tuvieron un gran recibo. Nunca olvidaré una cabalgata por las calles de Coloncito, donde él paseó a caballo acompañado por el artista Henry Stephen, el cantante de *"Mi limón, mi limonero"*.
>
> Posteriormente viajé a Caracas en pleno proceso electoral interno. Era uno de los pocos delegados de mi seccional que votaría por Héctor Alonso en su aspiración a la Secretaría General Nacional de AD.
>
> Cuando ingresé a la ULA Mérida para estudiar Derecho, coincidí otra vez con Héctor Alonso. Lo visité en la casa seccional de AD en Mérida: conversamos, y me invitó a sumarme a la lucha universitaria. Yo era un activista anónimo que no buscaba protagonismo. Le pedí varias gestiones, entre ellas la instalación de un teléfono en mi residencia estudiantil, la cual se resolvió de un día para otro. Mis amigos y compañeros quedaron sorprendidos.
>
> Pero lo que más los asombró ocurrió en pleno proceso electoral estudiantil: recibí una carta de Héctor Alonso. Todos pensaban que yo había dado sus nombres –éramos ocho compañeros–, pero en realidad todo fue producto de la organización del partido bajo su conducción.

Luego, en otro proceso electoral interno, él vino al municipio Panamericano para un acto programado por quienes me adversaron, un grupo denominado "La Renovación". Nosotros, a nivel seccional, estábamos con la plancha de Ron y Vianney. Llamé a Héctor Alonso y le dije:

—Hermano, sé que vienes a Coloncito y quiero acompañarte en este acto.

Él respondió:

—Claro, para mí es un honor. Te espero, Salvador.

El día del acto, organizado por los compañeros que competían conmigo, esperamos a que Héctor Alonso comenzara su discurso y luego entramos con la gente que me acompañaba, que supera ampliamente a la que ya estaba en el salón. La casa se llenó como nunca.

Al ver aquello, Héctor Alonso me saludó desde el podio y comenzó a hablar de mi lucha estudiantil. Eso molestó a quienes habían organizado el evento, pero para nuestro proyecto político el acto fue un éxito rotundo.

Después coincidimos en un acto en El Vigía, cuando él aspiró a ser gobernador de Mérida. Siempre me he sentido identificado con su liderazgo y hemos sido amigos desde aquel primer encuentro.

Salvador Rojas

■ Diferencias sinceras

Ricardo Pérez Gutiérrez fue de los pocos jóvenes que me puso a prueba antes de darme la mano. Dirigente estudiantil de la Universidad del Zulia, era un crítico nato, de espíritu independiente, que necesitaba convencer su mente antes de comprometer su corazón. Nuestra amistad nació del debate y se fortaleció día a día. Su frase «no estoy seguro de militar bajo consigna» me acompañó toda la vida. Y cuando, tras un debate intenso, me dijo que sí, entendí que ganarse una conciencia vale más que ganar un voto. Su testimonio recuerda que las convicciones también se construyen conversando.

En 1974 caminaba por los pasillos de la Facultad de Derecho de la Universidad del Zulia cuando mi amigo Tico Nava se acercó con urgencia: "Hay que ir a conocer a un gran dirigente juvenil de Acción Democrática que viene de Caracas". Ese dirigente era Héctor Alonso López, secretario juvenil nacional.

Asistí al evento con escepticismo. No estaba convencido de militar bajo una consigna partidista. Defendía una línea crítica, y no oculté mis posturas: denuncié la muerte reciente de un estudiante por acción policial; la tibieza de la dirigencia frente al movimiento contestatario; y el silencio ante logros del gobierno que otros –como el MAS– sí divulgaban con claridad.

Mientras hablaba, observaba el rostro de Héctor Alonso: serio, inmutable. No sabía si lo incomodaba o si solo escuchaba con atención. Pero al despedirme, venció mi escepticismo con una sola frase:

"Sí hay futuro"

Desde entonces nació nuestra amistad, tejida entre diferencias sinceras, coincidencias éticas y la convicción compartida de que ninguna juventud pasiva transforma realidades. Misión cumplida.

Ricardo Pérez Gutiérrez
Caracas, 16 de marzo de 2025

■ Política desde los afectos

Ítalo Velásquez Pérez representa para mí la política hecha desde la casa, desde los afectos. En la casa de sus padres descubrí una especie de santuario donde se discutía el Zulia con pasión y serenidad. Él fue puente entre generaciones, entre lo académico y lo político, y siempre lo he recordado como un ejemplo de compromiso intelectual temprano.

Cuando conocí a Ítalo, podía haber pensado que por ser maracucho estaría lejos la posibilidad de invitarlo a que me acompañara a seguir luchando desde Caracas. Era poco común ver un maracucho amaña-

do en Caracas. Se decía que los maracuchos no llevaban equipaje para no quedarse.

Ítalo desmintió esa leyenda. No solo se quedó, sino que llegó a graduarse de economista y abogado. Con el tiempo me hizo quedar muy bien cuando el presidente Carlos Andrés Pérez me pidió opinión para designar al secretario del Consejo de Ministros. No tuve dudas. Allí estaba Ítalo. Era el hombre.

> Cuando cursaba el último año de Derecho, conocí a Héctor Alonso López en una de sus giras a Maracaibo. Asistí a una reunión partidista para escucharlo; en ese momento, él era el diputado más joven del Congreso Nacional y Secretario Juvenil Nacional de Acción Democrática.
>
> Al finalizar el evento, intercambiamos unas breves palabras y, con su innata generosidad, se puso a mi disposición para recibirme en Caracas. Así lo hizo. No solo me atendió, sino que fue siempre muy hospitalario.
>
> Nuestra amistad se fue desarrollando, y en ello también contribuyó un amigo excepcional. Mis padres lo conocieron y se sintieron honrados al alojarlo en numerosas ocasiones en nuestra residencia. Mi casa se convirtió en escenario de entrevistas periodísticas y de valiosas tertulias, donde se sostenían diálogos de reflexión sobre el acontecer regional y nacional. Tuve la fortuna de acompañarlo en muchas de sus visitas al estado Zulia.
>
> Entre mis recuerdos imperecederos destacó el bautizo de un trabajo que realicé sobre la creación del Municipio Villa del Rosario de Perijá. También recuerdo la entrega de un compendio de proyectos para el estado Zulia, elaborado por varios profesionales de distintas disciplinas, que le presentamos en el marco de la segunda campaña presidencial de Carlos Andrés Pérez.
>
> En Héctor Alonso, los jóvenes vimos al legítimo líder del relevo generacional en nuestro país.
>
> Ítalo Velásquez Pérez

■ Del discurso a la acción

El caso de Libio marca para mí una transición: del joven militante al hombre que transforma instituciones. Venía de Ejido con una visión muy clara de lo que debía ser la descentralización. Su trabajo en COPRE, sus luchas por asociaciones de vecinos, la defensa del acueducto… todo eso lo vi nacer en él desde la juventud. Su testimonio muestra cómo una generación pasó del discurso a la acción.

> Hace muchos años, un grupo de nosotros, en Ejido, tuvimos la oportunidad de acompañar a un joven dirigente nacional de Acción Democrática (AD). La meta era disputarle la Secretaría General seccional a compañeros que se habían enquistado en las directivas del partido, impidiendo la necesaria alternabilidad que también faltaba en los municipios.
>
> Ese joven dirigente, con una nueva forma de liderar y de hacer campaña –basada en el contacto directo y el trabajo casa por casa–, logró triunfar. Se empoderó del partido y le dio un giro prometedor. Con orgullo, nos señalaban como *"la gente de Héctor Alonso"*.
>
> Todos llegamos a ocupar distintos cargos y, en el estado, se instauró una nueva manera de hacer política. Acatamos los lineamientos de la COPRE, fundada por Carlos Andrés Pérez, que buscaba darles poder real a las comunidades. A través de las asociaciones de vecinos, se les entregaban los recursos para que pudieran ejecutar sus propias obras, gestionando las partidas hasta culminarlas.
>
> Gracias a Héctor Alonso López, quien desde su puesto como diputado en el Congreso de Venezuela hizo posible la elección directa de alcaldes y gobernadores, se abrieron caminos institucionales que antes no existían. Él nunca nos abandonó: siguió trabajando y ayudándonos desde Caracas. Con su amistad con el presidente Pérez, logró conseguir las tuberías para el acueducto de Ejido, entre muchas otras obras que marcaron la vida de nuestra comunidad.
>
> Libio López

Cada uno de estos testimonios es una ventana a lo que fuimos: jóvenes que se buscaron, que se reconocieron y que caminaron juntos antes de saber que ese camino sería decisivo para nuestras vidas. Yo no puedo contar mi historia sin estas voces. Ellos tampoco pueden contar la suya sin mencionar lo que construimos juntos. Eso es lo que hace a esta generación distinta: que la política fue siempre un acto de afecto, disciplina y destino compartido.